

Llegó á la suya, tomó el dinero que tenía, lo unió al que le había dado la caritativa inglesa, y sin tomar un instante de descanso, sin comer siquiera, subió á un coche de alquiler con Misstris Rawlings y se dirigió á Belle-Isle. Fué al presbiterio, al que llegaron al amanecer, y depositó en manos del cura la cantidad completa, volviéndose á París sin nombrarse y sin solicitar ver al Marqués: tal era el temor que inspiraba entonces la suerte de los desgraciados nobles, para los cuales estaba preparada siempre la guillotina.

Cuando Sofía volvió á su casa, tenía dos francos; el precio de su primera obra literaria, el fruto de la beneficencia de Lady Morgan, habían sido para salvar al Marqués.

El poco dinero que ella poseía, lo había gastado en pagar el coche que la había conducido á Belle-Isle.

Nada le quedaba... ¡pero su corazón estaba lleno de una felicidad celeste!

XXI

Clara de Alba apareció quince días después de haberla adquirido el librero, y sorprendió al mundo literario de una manera superior á todo encarecimiento.

Sin embargo, no llevaba al frente el nombre de la autora; Sofía, una vez terminado el negocio caritativo que la había ocupado tan completamente, sólo tuvo un pensamiento: impedir que su nombre saliese al público; aterrábala el ruido, y ni aun el de la gloria le parecía soportable, por aquella rara modestia que formaba la base principal de su carácter.

—Si esta obra merece la aprobación general, dijo ella al librero, daré mi nombre para la segunda que publique.

La curiosidad fué grande, pues, al aparecer aquel libro encantador; nadie sabía dar razón de la persona que lo había escrito: Mme. Stael le tenía sobre su velador una noche, y la conversación de las personas que se hallaban en su salón recayó en la novedad del día.

—¿Vos tampoco sabéis quién ha escrito este libro, señora? le preguntó uno de sus amigos.

—No, contestó la ilustre autora de *Las Pasiones*; mas aunque no conozco al autor, y hasta ignoro quién sea, puedo aseguraros una cosa.

—¿Qué?

—Que lo ha escrito una mujer.

—Entonces, tiene ese libro una falta imperdonable, dijo otro de los amigos de Mme. Stael.

—En efecto, repuso aquélla sonriendo; le encuentro el defecto de ser demasiado pequeño.

—En ese caso, tiene dos.

—Decid el otro; yo no le hallo más que el que he dicho.

—Una mujer no debe escribir hoy un libro sin dedicárselo.

Ana Necker, Baronesa de Stael, alzó los hombros con un gracioso movimiento de desdén.

—La autora de ese libro no ha querido adularme, respondió, y yo se lo agradezco, porque detesto la adulación.

—La dedicatoria de todo libro femenino se os debe de justicia.

—No hay tal cosa; yo os aseguro que *Clara de Alba* vale tanto como cualquiera de mis obras; la autora tiene sobrado talento para comprenderlo así; siendo igual á mí, ¿por qué había de rendirme ese homenaje? Yo seré quien vaya á verla para felicitarla, tan pronto como sepa quién es.

Dos meses después, todo París supo en un mismo día que la autora de *Clara de Alba*, de la que ya se estaba haciendo tercera edición, era Sofía

Cottin, joven viuda, pobre y arruinada por desgracias de familia y después por la revolución.

Un comunicado suscrito por *Un antiguo amigo de la autora*, y fechado en Londres, apareció en dos periódicos, diciendo, no sólo quién había escrito *Clara*, sino que se había vendido para llevar á cabo una obra benéfica, sin lo cual, acaso jamás se hubiera decidido su modesta autora á darla á la imprenta.

Todos los literatos de París fueron á visitar á Sofía, á ofrecerse como sus amigos, á felicitarla. Entonces escribía *Malvina*, obra maestra de sentimiento, pura y delicada flor del ingenio femenino, en la cual se reúne la más escrupulosa moralidad á la más apasionada ternura.

Mme. Cottin no podía dedicarse por completo á escribir, pues necesitaba recursos del momento; así era que de día bordaba, y sólo la velada dedicaba al trabajo mental.

No obstante, así que su talento fué conocido, las primeras damas de la nobleza, y más que todas Lady Morgan, hicieron formal empeño en proporcionarle los medios de vivir sin angustias. Sofía era el único sostén de dos ancianas, Misstris Rawlings, que ya necesitaba de descanso en su avanzada edad, y Mariana. Ni una ni otra tenían en la tierra otro apoyo que la joven; y haciendo presentes estas razones á Sofía, fué como pudieron hacerla aceptar una inscripción de renta vitalicia de cuatro mil francos; suma modesta, que,

unida al fruto de su trabajo, podía proporcionarle una vida tranquila.

Mme. Cottin cambió de habitación, y fué á ocupar un piso segundo, de no gran precio, pero elegante y cómodo. Tomó una doncella ó camarrera, más para que atendiese á su aya que para sí misma, y dejó á Mariana el solo cuidado de la cocina.

Un salón vestido con tela de tisú gris claro con ramas de lilas se dispuso para recibir por la noche á las muchas personas que acudían á visitarla. Sofía se había educado con opulencia y rodeada de objetos artísticos y de buen gusto; se había casado después con un hombre muy á la moda, y su salón había sido uno de los más elegantes de París. Misstris Rawlings poseía ese exquisito buen gusto inglés, tan delicado y tan puro, y la casa de Sofía tuvo bien pronto impreso el sello de la más exquisita distinción en medio de su modestia.

Sofía, pobre y oscurecida durante algún tiempo, se vió muy pronto rodeada de una corte de adoradores, de admiradores y de aduladores. Su belleza, sin ser notable, era de un género tal, que se prefería á la hermosura más acabada. Lo que sobresalía en ella, era la gracia exquisita que nace de la inteligencia, y que se refleja en la sonrisa, en la mirada, en los modales y en el aire entero de la persona.

Su traje era siempre muy sencillo; pero aquella joven de veintiún años, que ocupaba ya, y

por solo su primera obra, uno de los sitios más elevados en la literatura francesa, necesitaba de pocos adornos para brillar, pues tenía los mejores en su juventud y en su talento.

Su conversación era agradable, amena, modesta; rodeada de personas eminentes, le parecía que ella no tenía mérito alguno; Mme. de Stael fué á verla, según había ofrecido, pero llevaba ya el corazón herido de muerte: un hombre á quien ella amaba, la había abandonado por Sofía. El Conde Mauricio Denisart era un modelo de belleza varonil, de talento y de elegancia. Mme. de Stael, mal comprendida por su marido y desdichada en su enlace, se había dejado enternecer por las muestras de cariño del Conde, y le había amado, por esa necesidad de afectos que sienten las almas tiernas y apasionadas.

Mauricio Denisart experimentó, como la mayor parte de la juventud parisiense, un vivísimo deseo de conocer á Sofía Cottin; verla, admirarla y amarla, fué para él la misma cosa: verdaderamente, el género de belleza de Sofía era más seductor que el rostro moreno, apasionado y un tanto varonil de la Baronesa Stael; las mujeres muy débiles y muy dulces son las que apasionan verdaderamente á los hombres fuertes.

Sofía no correspondió al amor del Conde; parecía que las fuentes del sentimiento se habían secado en ella desde que su marido le había hecho sufrir tanto, no sólo al reanudar sus amores con

Blanca de Flavigny, sino con la enfermedad y la muerte que la pérdida de aquélla le causó. La joven autora de *Clara* prometió á Mauricio toda su estimación y amistad, pero á condición de no hablarle jamás de su amor.

XXII

La pasión correspondida y participada puede cansarse, y hasta es lo probable que así suceda; pero el amor desdeñado, que á la vez se embriaga diariamente con la vista del objeto querido, es irresistible é incurable.

Mme. Cottin pecaba á la vez de inhumanidad y de candidez con el Conde Denisart; al cerrarle la puerta de su corazón, debió cerrarle también la de su casa; pero no lo hizo así, y el resultado debía ser funesto.

El Conde ofreció la calma, la resignación, el silencio; quizá pensó en que podría hacerse superior á su pena, pues de lo contrario no lo hubiera prometido; pero la vista de Sofía, tan buena, tan amable, tan dulce, tan llena de gracia, encendía cada día más en su pecho el fuego de aquel amor fatal, que ninguna esperanza venía á calmar, y que se irritaba con el obstáculo.

De pie en un ángulo del salón, contemplaba con enajenamiento á aquella joven rubia y delicada como Eva, apacible y cándida como la Venus de Arlés, y más seductora por su aspecto dulce que por su misma belleza.